PRINCESA

¡Qué locura! Ni yo sabía qué barrio era aquel, ni á nadie podía confiarme, ni nada quise saber tampoco... Pero, mira: por muchas actrices que haya protegido el Príncipe, más, mucho más he besado yo esta flor, y será lo primero que lleve en mi equipaje.

EMELIA

¿Y si el Príncipe descubre algún día la cajita?

PRINCESA

Le diré que es la primera flor que recibí al llegar á su corte, y que la guardaré siempre como recuerdo.

XV

La mecedora.

I

Tendido en ella el cuerpo perezoso, al acompasado vaivén, finge la imaginación fantástica travesía por mares ideales. Como en cuna de niño mecida por madre amorosa, descansa en ella el cuerpo, postrado, débil, como niño enfermo; mientras el espíritu vela sobre él, arrullándole con dulces canciones, divirtiéndole con maravillosos cuentos de hadas y genios bondadosos.

¡Aletada sin vuelo, vaivén sin avance, peregrina aventura del caballo clavileño á cargo de la imaginación!

No fué seguramente en mecedora donde se concibieron por hombres de voluntad enérgica planes trazados con segura decisión, para ser realizados punto por punto, como fueron concebidos. La mecedora no es asiento de conquistadores ni de hombres prácticos. ¿Quién se figura á un Napoleón en mecedora? Marco Antonio perdió el imperio del mundo por mecerse en el Bucentauro; mecedora de oro, marfil y cedro con velamen de púrpura y cordajes de seda y oro que usaba Cleopatra, para mecer *imperatori* sobre las aguas azules de los mares de Egipto.

Columpio de soñadores, de poetas; á su vaivén, los pensamientos no se fijan en el cerebro con pesadez abrumadora; antes parece como si aligerados se escaparan, y fuera de él revolotearan alrededor, refrescando la frente al vuelo suavísimo.

Un actor á la moderna podía atreverse á recitar el monólogo de *Hamlet* en mecedora.

La propiedad arqueológica es lo de menos en las obras eternamente humanas.

En la mecedora palidecen las resoluciones más firmes, pierden el nombre de acción y en pensamiento mueren. Versos que jamás hallarán versos que rimen con ellos, notas que jamás formarán acorde, colores y figuras que nunca se unirán en un cuadro, amores no declarados, buenas intenciones que irán á empedrar el infierno... en mecedora nacísteis y el camino de vuestra vida solo fué un vaivén del pensamiento... ¡Ser ó no ser! ¿Y de este modo, en un vaivén del pensamiento, morirán para siempre sueños del alma, vida suya... lo mejor de nuestra vida acaso?... ¡Qué mejor paraíso para el alma que la resurrección de sus sueños, de cuanto nació en el alma y en ella murió á los vaivenes perezosos de la mecedora!

II

Estaba yo sentado en una mecedora, frente á un espejo de cuerpo entero; y *ella* detrás de mí, apoyada en el respaldo de la mecedora, con leve esfuerzo me columpiaba dulcemente.

El espejo reflejaba su imagen; alejándola de mi vista, duplicada la distancia; y mis ojos la miraban allí, en el espejo, complacidos en la lejanía, sin volverse á mirarla cerca, á mi lado, donde su aliento suspiraba, donde sus manos me acariciaban...

De pronto, dando risotadas como una chiquilla traviesa, soltó la mecedora con fuerte impulso y se plantó delante de mí, ante el espejo... y se sentó á mi lado de espaldas á la luna, y todavía, esquivando su cuerpo, la buscan mis ojos en el cristal... allá lejos, mientras su risa suena en mis oídos como cristal roto de copas que chocan en alegres brindis de amores.

XVI

La Salve del convento.